La conversación se interrumpe en este punto, á la entrada de dos nuevos individuos, uno de los cuales recibe el tratamiento de "mi coronel."

—En efecto-reanuda don Octavio-el Gobierno ha hecho de Aquiles Serdán, de un enemigo suyo, nada menos que uno de los héroes de mañana, uno de los mártires más grandes de la Democracia y de la Libertad.

—Y el Gobierno-agrega Toño con vivacidad-ha hecho de leales servidores suyos tal vez, de pundonorosos soldados quizás, bandidos anónimos, asesinos vulgares.

El llamado coronel, que, desde que llegó, está ansioso por coger la palabra, arrebátala en este momento. Es un viejo doblado de carnes, bajo de estatura, con aires de bandido de encrucijada. Presenta la particularidad de ladrar en vez de hablar, y de tal manera alarga los gruesos y pesados belfos, y de tal suerte encrespa los híspidos bigotes de cerdo espín, que lo aleja á uno á distancia respetable, y lo hace sentir la inminencia de un mordisco. A punto fijo no sé lo que este sujeto discute; es un totum revolutum, donde danzan la guerra de tres años, la ley

de aguas vigente, la revolución en la frontera y los *mochos* que él mismo mandó fusilar, en la última revuelta, tantos que alcanzaría á pavimentar una calle entera, con sus cránes.

Y lo creo, porque el viejo se rie y enseña los colmillos podridos, los ojos inyectados y las narices rojas del alcohólico consuetudinario.

Después habla el mocosuelo enfatuado que llegó junto con el coronel. Comienzo á fastidiarme cuando surge toda una disputa. Parece que este mozo se expresa con inquina del jefe de la Revolución, porque Toño puesto en pié, interroga airado:

—¿Madero es un imbécil? ¿Madero es un loco? ¿Esa es la opinión de todo un periodista?

¿Periodista este bicho? ¡Caramba, incuestionablemente que los periodistas y los literatos somos unos tipos muy simpáticos!

Juro por Dios vivo, no haber tropezado jamás con un ejemplar de la especie, sin sentir el deseo más sano y más santo de verlo reventado como un sapo.

—Madero es un loco para toda gente que tenga siquiera tantito así de buen sentido-pronuncia enfáticamente *mi compañero.*

—Mire usted, don Cuco-responde Toño-si por cualquier circnstancia, la revolución iniciada y fomentada por Madero obtiene el éxito que merece, entonces toda esa gente del *buen sentido,* y usted el primero, don Cuco, todos á una opinarán que Madero es nada menos que una de las figuras más grandes de nuestra Historia..... ¡Madero un imbécil! ¡Madero un loco! ¡Madero un hazme reir! Y bien, sí, eso se dice, eso debe seguir diciendo la gente de *buen sentido.* Pero le advierto, don Cuco, que en opinión de la gente del *bnen sentido,* Hidalgo fué también un imbécil y un loco; pero un día Hidalgo se hizo entender á machetazos de la gente de *buen sentido,* y ese día fué proclamado héroe por ellos; y un día Benito Juárez hizo triunfar la Constitución á machetazos y la gente de *buen sentido* lo proclamó héroe también. Así, pues, júrelo usted, don Cuco, si Madero logra meter la democracia á machetazos, Madero será proclamado un héroe por esos

mismos que ahora le llaman loco é imbécil. Pero para los que tenemos la fortuna de no pertenecer al rebaño de los del *buen sentido,* Madero está juzgado ya, y tenga ó no tenga éxito en su empresa, Madero es de hecho una figura que ha alcanzado las alturas de un Hidalgo y de un Juárez!

—No, hombre, no ¡por Dios Santo, don Antonio, esos son disparates!

—Disparates con D mayúscula-gangorea el coronel.

—¿No juzga usted que esto si no cuela, señor?-inquiere el periodista, volviéndose hacia mí.

—Si, don Cuco-le contesté secamente, y sigo fumando mi cigarro, lo cual no me impide observar las miradas furibundas que el irritado bicho me lanza por mi inurbana contestación.

—Pues sí, señores, yo protesto porque es la más solemne de las tonterías comparar á Hidalgo y á Juárez con Madero.

—Con un vinatero que se ha enriquecido de envenenar con sus puercos aguardientes al pueblo mexicano-clama el coronel.

—No, don Antonio, usted dispense

insiste el periodista-pero con Hidalgo y con Juárez sólo un hombre puede resistir la comparación.....

—Y ese hombre se llama-prorrumpe el coronel-Porfirio Díaz. ¡El Héroe de la Paz!

—¡Porfirio Díaz! ¿Qué puntos de contacto existen entre estos hombres? Porfirio Díaz no ha sido más que una víctima de su propia ambición. Porfirio Díaz no supo ni cuando y ya había caído en las garras del partido contra el que cabalmente lucharon Hidalgo y Benito Juárez. Porfirio Díaz tiene su legítima filiación en Agustín de Iturbide, porque los que levantaron el trono para Agustín de Iturbide son los mismos que se han estado tragando á México, acaudillados por Porfirio Díaz.

—Estas son boberías, El partido conservador no existe ya siquiera-responde don Cuco.

—El partido conservador existirá ó no; pero si existe el partido descendiente de los encomenderos, el legítimo descendiente de los congregados de la Profesa... ese partido no cree en Dios ahora, porque

por el momento de nada le sirve creer en Dios, tal vez mañana le sea necesario y entonces llenará las naves de las catedrales; pero es y será siempre el mismo; la turba famélica insaciable de los vampiros de la raza mexicana. Conque ya verá usted si puede haber comparaciones entre aquellos prohombres de la patria y este dictador engrandecido por la adulación más abyecta que México haya presenciado jamás! Lo que sucede, don Cuco, es que los hombres del *bnensentido* pierden la lógica á veces. La conducta lógica de los del *buen sentido* es ensalzar á Iturbide y deturpar á Hidalgo, enaltecer á Hernán Cortés y despreciar á Cuahutemoc. La luz demasiado viva los ha ofuscado por un momento; pero ahora, en las postrimerías de este gobierno prostituido, ya vuelven sobre sus pasos. ¿No se han emprendido serios trabajos para celebrar el verdadero centenario de nuestra independencia en 1921? ¿No se ha pretendido que México levante una estatua al célebre bandido Hernán Cortés? Así deberían obrar siempre las gentes del *buen sentido* Que sus actos vayan de acuerdo con sus ideas. ¿No le parece, don Octavio?

—¿Decía usted?

Hubo que repetirle las últimas frases, porque, como siempre, don Octavio no reparaba en la conversación.

"Este espíritu superior-me ha dicho Toño,-sólo tiene oídos para escucharse á sí mismo."

Encuentro la observación rigurosamen-exacta.

—La historia-dice don Octavio,-no juzga á los hombres, ni sólo por la intención de sus actos, ni sólo por la resultante de los mismos. Si en los altares de la patria veneramos á un Hidalgo y á un Juárez, pongo por caso, no es sino porque son símbolos de las aspiraciones realizadas de una inmensa mayoría en ciertos momentos de oportunidad. ¿Por qué le extraña á usted que en pleno siglo XX escritores españoles ó españolados, se despampanaten de admiración ante la figura del aventurero Cortés? Quiero decir, sencillamente, que esos escritores viven la época de Hernán Cortés. Sí, señor, admiramos y veneramos de los hombres aquello que encarnan de nuestro propio yo en su obra realizada. Ni Hidalgo ni Juárez, ni hombre alguno, desmenuzados fríamente por el análisis riguroso de la crítica son dignos de la veneración de nadie. La vulgarización de ideas contrarias cabalmente es la causa de que labores tan burdas como el "Verdadero Juárez," en vez de levantar una polvareda de risa, hayan podido producir una tempestad de indignación. Por otra parte, ¿cree usted sinceramente que Porfirio Díaz sea nada más que un sucio borrón en nuestra historia? Pues, no señor, la figura odiosa del Dictador se fundirá en aras de la del Héroe de la Paz. Porfirio Díaz se destacará siempre grande, símbolo de una de las más urgentes necesidades del país, en el momento en que ha sentido su fuerza á punto de extinguirse; Porfirio Díaz ha sido la inyección de morfina, que no cura, pero que da descanso y que da tiempo para almacenar fuerzas que permitan más tarde tolerar el cuchillo extirpador que debe curar. Porfirio Díaz seguirá siendo el símbolo de la paz; el otro Porfirio Díaz, el del vulgar cuartelazo, el político artero y mentiroso, el político ambicioso y débil, que no supo comprender que entregándose á una jauría, por esa misma jauría sería

devorado, ese tiene que esfumarse ante el brillo inextinguible del Héroe de la Paz.

—Tal vez así será-contestóle Toño muy abatido ya, y del peor talante-puede ser que así sea; pero mi modo de pensar es muy distinto.

—¿Y cree usted que triunfe el loco Madero?-preguntó el periodista á don Octavio.

—Yo no podría aventurarme á predecir acontecimientos. Solo le diré á usted: un pueblo existe únicamente por el sentimiento que tiene de su propia existencia; si Madero logra hacer que México se acuerde de que efectivamente puede vivir, México vivirá, no tenga usted la menor duda; si Madero no lo consigue, mucho me temo que la catalepsia se prolongue, y que los Estados Unidos la transformen en mortaja, á la mejor hora. ¿No le parece á usted, señor?

Ahora don Octavio se vuelve derechamente á mí, y su pregunta me sorprende, como la inesperada pregunta que el profesor le hace á un estudiante á la hora de clase.

—No tengo opiniones fijas en política-le contesto francamente.

—Andrés es cronista, pronuncia Toño en mi ayuda-y usted sabe que ahora la moda de los cronistas metropolitanos es no tener opiniones políticas. Pero si á él le parece ó no le parece, yo le contesto á usted, don Octavio, que si ocurriere esa infamia de que los Estados Unidos acabaran de robarse nuestro territorio, nunca, jamás la culpa habrá sido de esos denodados hombres que se han echado á las armas por la libertad de la patria; serán los culpables, los únicos culpables, esos bandidos que por ahitarse de dinero asesinarán á sus propios hijos.

—¡Apláquese usted, amigo don Antonio gruñe el viejo coronel mostrando sus colmillos de nixtamal.-¡Si iríamos resultando con que Toño Reyes es todo un cabecilla revolucionario!

Y todo el mundo volvió los ojos significativamente hacia mí; como si todo el mundo estuviera al corriente de mi aventura estúpida con la gendarmería rural. Y don Octavio, volviendo la cara con indiferencia, y al parecer sin la menor intención, exclama:

—Hay que recordar las palabras de Renán: "el hombre que no ha sido revolucionario á los veinte años, es un imbécil."

———

Pocos días después fuimos á *pagarle* su visita á don Octavio.

El dueño de "La Cruz Alta" me dió una gran prueba de su talento: en todo el día no llegó á chistar filosofias. María, contentísima como una chicuela de colegio, saltó toda la mañana por la huerta y por el jardín. Al principio tuvimos paciencia para seguirla, después, fatigados por el sol, la dejamos con don Octavio á quien abrumaba á preguntas sobre plantas exóticas, flores rarísimas, frutas exquisitas, productos todos que el mismo don Octavio cultiva para adorno y regalo de su mesa.

Toño y yo volvimos al escritorio y recorrimos un album de grabados, mientras María y don Octavio regresaban.

Vi pasar con rapidez una criadita vestida de linón, airosa y esbelta, con su cara pequeñita, fresca y redonda. Y me sentí sólo, inmensamente sólo, y me acordé de mi amiguita Luz. ¡Luz la de los brazos blancos! Y suspiré con la tristeza del bien ajeno.

Sin embargo, cuando María regresó del jardín, con un clavel rojo prendido en los encajes crema de su blusa, un clavel no menos encendido, suave y tierno que los carrillos de María, un clavel que disimuladamente se quedaba abandonado al alcance de mis dedos, estoicamente permanecí impasible y *no lo vi.*

Al medio día se sirvieron platillos selectos y vinos añejos.

Nos alegramos un poquillo. Don Octavio no desbarró más que en repetirme intencionadamente la frase de Renán.

Pero María estuvo demasiado seria conmigo.

¡Mejor!

———

Después vino el turno de la visita al Coronel Hernández. Maria rotundamente se negó á acompañarnos. "Es un soldadón" fué todo su pretexto.

—Toleramos sus relaciones-confirmó Toño, bonachonamente,-porque el agua de la presa suele acabarse á fines de la

estación calurosa, y entonces el arroyo de "El Cedazo" queda á distancia muy corta para los animales.

Y, efectivamente, María tiene razón. El Coronel Hernández produce á la vista, el efecto de un puntapié en el estómago. No acabamos las fórmulas de nuestros saludos; cuando está hablando de politica ya. El llamado don Cuco es su adlátere y lo adula sin cesar.

Habla don Cuco: Corral es un hombre de un talento asombroso, de una finura escandalosa, de un vigor y una virilidad espantosos. Corral es adorado por sus empleados; las mujeres se mueren por él; los hombres se quedan fascinados ante sn elegancia. Pineda es un cerebro con circonvoluciones más desarrolladas que la cordillera de los Andes..... Chucho Urueta un imbécil eterómano..... Luis Urrea un charlatán !nfeliz..... Manuel M. Alegre un sonánbulo..... Juan Sánchez Azcona un ladrón de niños pobres....

El Coronel confirma todo. El Coronel llevó á México el estandarte del semanario político de don Cuco, intitulado "El Moscón," á la gran menifestación

que el país hizo á Don Ramón Corral, pidiéndole, con las lágrimas en los ojos, que aceptara la Vicepresidencia de la República. El Coronel se sentó á la mesa de los redactores de "El Debate", junto con don Cuco. Y don Cuco asombró á México entero con su tremenda oda á Corral y á "El Debate."

Toño Reyes, casi sofocado, replica: Los corralistas son una piara de cerdos flacos que gruñen furiosamente porque el cebador los irrita con dejarles sólo oír el mascullar ruidoso de los cerdos gordos. Claro que porfiristas y corralistas son igualmente cínicos é igualmente insolentes; pero hay un matíz que los distingue: la insolencia indolente del cerdo gordo, y la insolencia rabiosa del cerdo flaco.

Y habla don Cuco: Los latrofacciosos son cobardes como una mujerzuela. El Gobierno, el Señor Presidente de la República, General Don Porfirio Diaz, es más grande que la Divina Providencia; porque la Divina Providencia, en tantos años de vida que cuenta, jamás ha podido disponer de ochenta millones de pesos para repartirselos á los pobres, como el Señor Don Porfirio lo va á hacer ahora.

Y habla Toño: Querría saber qué título será más glorioso y de más honor, dentro de veinte años, si ser descendiente de un *latrofaccioso* ó de un redactor de "El Debate" El Gobierno acude á la limosna vergonzante para socorrer la ignominiosa miseria en que ha dejado á las viudas y á los huérfanos de los federales muertos en campaña, y ahora vamos resultando con que el Gobierno cuenta nada menos que con ochenta millones, para hacer felices á nuestros pobres!.....

Y me admira, en medio de tanta invectiva sangrienta, la actitud nerviosísima de Toño, y la calma espantosa de sus dos contradictores.

Hace algunos días observo la insistencia con que Vicente me mira y sigue mis menores movimientos. Parece que quiere hablarme y no se atreve. Como yo sospecho que aquí bulle algo de mi eterna pesadilla , finjo no reparar en él, y me mantengo sereno é indiferente. Pero esta mañana, cuando me trajo mi cabalgadura enjaezada, y puso las riendas en mi mano, se acercó y me dijo en voz baja:

—Que cuando pase el amo por la presa, se arrime tantito al camino real,

—¿Yó?—pregunté sorprendido.

—Usted en persona, patrón; es un individuo que quiere hablarle de cosa muy urgente.

—Te has equivocado, porque yo aquí no tengo negocios con nadie.

—Es usted mismo, le digo; me dieron el santo y seña-insiste Vicente, sin vacilar. Luego se acerca y, muy quedo, me dice:

—Es de los de la *Revolución*.....

¿Por qué lejos de negarme á tan absurda cita, convine en que Vicente ensillara también y me hiciera compañía?

—¿Qué te pasa, Vicente? —interrogué sorprendido de ver en su gesto y en su actitud el regocijo más intenso.

—No, nada, patrón...—me respondió, oblicuando la cara entre los hombros, como can amenazado;-yo sólo quiero decirle que no se olvide de mí.....Ya sabe que soy de los suyos y que estoy listo para "la hora de la hora."

Y me mostró su reluciente y blanca dentadura, y en su faz morena, requemada por los vientos y los soles, en sus lí,

neas ferozmente viriles, resplandecía una llama de alegría.

—!Caramba! ¿tú también, Vicente? Pero ven acá, amigo, dime ¿qué te importa á ti la Revolución? ¿qué diablos se te da que esté en la *silla* un don Porfirio Díaz ó un don Perico el de los Palotes?

—Ya cansó el viejo don Porfirio.

—Eso no es una razón.

—Y de más á más, ¿quiere el amo que se lo diga claro? Pues ese don Porfirio y todos los suyos no son más que un atajo de ladrones.

—Bien, vamos á cuentas: ¿qué te ha robado á ti don Porfirio?

—Pues como quien dice nada..... No anduviera yo aquí arrastrándome de *gato*. Mire, patrón, arriende para allá donde sale el sol. ¿Alcanza á divisar entre aquellos dos mesquititos, en lo alto de la loma, del lado de la nopalera manza, unas casitas acanteradas?

—Sí, ¿la hacienda del "Cedazo?"

—Justo y cabal: la hacienda del "Cedazo" de la propiedad de ese coronel Hernández, que el día del santo de la *niña* estuvo de visita en "Esperanza" Pues sepa

el patrón que esa hacienda era una congregación, que, como legítima herencia, estaba en propiedad de mi padre y cinco de mis tíos. Cuando don Porfirio mandó á los ingenieros del *avalúo*, nos robaron á todas nuestras tierras y nos echaron como á perros de nuestras casas; nos echaron á la desgracia, á trabajar como burros para alcanzar á mal comer apenas.

—Pero eso que tu llamas robo, Vicente, no fué más que una disposición legal para que todas las propiedades quedaran en poder de sus legítimos dueños. Indudablemente que si tus parientes hubieran tenido los títulos de esas tierras en la debida forma, no habrían sido depojados de ellas.

—El patrón será muy leído y *escrebido*; pero yo sólo le sé decir que si esas tierritas no eran de mis parientes, que las sudaron desde que nacieron, menos podrían ser del tal coronel Hernández, que, en cueros vivos, llegó por acá y que, hoy por hoy: no da por medio millón de pesos su capital. A esos les llamo yo ladrones: el patrón déles el nombre que quiera.

En esas llegamos á la presa, y costean-

do la orilla, tomamos por entre un huizacnal cerrado, que nos ponía pronto en las lindes de Esperanza y Bella Vista, justamente separadas por la línea del camino real, Sin percatarnos de nuestra mutua ansiedad, caminabamos ahora con precipitación, y sòlo se escuchaba el áspero ruido de los ramajes, bruscamente apartados á nuestro paso.

De pronto Vicente se adelantó, y alargando su brazo, me mostró la cinta morena de una cerca, á la vera del camino.

—Ahí está,-pronunció en voz queda y presa de emoción ostensible.

Pero yo no pude descubrir nada. Un largo y estrecho huacal de otate, sólamente, se veía inclinado sobre la cerca, y, entre los travesaños del mismo, plumones blancos y grises. Pero después ví á un individuo de camisa y calzón de manta, con un sombrero de soyate hundido hasta la nuca, en cuclillas y soplando á dos carrillos la lumbre de un montoncillo de ramas secas.

Mi revolucionario me resultaba, pues, un infelíz vendedor de gallinas. El bromazo me parecía un poco duro, para Vicente sobre todo.

—¿Es él?-preguntéle al mozo con cierta ironía.

—Este inclinó la cabeza asintiendo.

El hombre levantó entonces los ojos, se enderezó y muy tranquilamente suspendió su faena, encaminándose hacia nosotros.

—No puedo hablar todo lo que quisiera con usted—me dijo,—porque no tenemos tiempo. Tienen que regresar inmediatamente; los gendarmes rondan á menos de un cuarto de legua de aquí..... Pues bien, en la estación de "Villalobos" el lunes, á las once de la noche, un tren de carga dejará en el camino un furgón de armamento. La gendarmería rural lo sabe todo y estará lista para aprovecharlo; pero como son sólo diez ellos y ya hemos roto los hilos del telégrafo, le bastará á usted con otros tantos para sorprenderlos y acabar con ellos.

—Pero si yo.....

Y el vendedor de gallinas, que me había sorprendido con la corrección de sus palabras y la finura de su voz, acabó por volverme un idiota, poniéndome en las manos una cartera de billetes de banco,

que sacó de entre los cueros de su tosca *pechera*.

—Pero si yo.....—intenté protestar otra vez; mas él me detuvo:

—No hay tiempo que perder; márchense ustedes, porque llegan los gendarmes y nos perdemos de una manera muy estúpida.

Y yo, más imbécil de como había llegado allí, volví grupas y me sentí más frío y descolorido que los tepetates del camino.

Vicente tremulaba de alegría.

Por la noche Toño me dijo:

—Te encuentro ahora muy preocupado, Andrés.

—¡Qué observaciones las tuyas, Toño! —apresuróse María á interrumpirlo;-no te empeñes en ser indiscreto.

—No estoy preocupado precisamen te-contesté-un poco triste sí, y, sobre todo, desde que me convenzo de que esta situación se va á prolongar indefinidamente; siento que voy resultando por demás pesado.....Ya cerca de seis meses..... ustedes deben de comprender.....

María y Toño se miraron y sonrieron maliciosamente, dejándome muy intrigado.

—Ya basta de fingir, Andrés. Si de verdad nos aprecias, que cese esa desconfianza con nosotros.

—Vamos, Toño, no seas imprudente, te ensañas en arrancarle su secreto. Déjalo en paz: lo tiene y es muy suyo.

Las miradas de María me abrazaban; pero, en verdad, ella era la que se ensañaba comigo.

—No hay tal secreto, María, se lo he jurado repetidas veces-exclamé exasperado.-Sobre todo, le propongo que si tengo alguno que usted conozca, lo diga alto para que deje de ser secreto,

Toño y María volvieron á mirarme y volvieron á reír, con la misma risa misteriosa y mortificante para mí.

—¿De veras? Pero si descubro este secreto, es usted suficientemente leal para no obstinarse en su negativa?

—Como nada oculto, en nada puedo obstinarme.

—Es iuútil, pues.

—Puede usted decirlo todo, Maria, gritarlo todo.

—Tanto como gritarlo no.....al menos por ahora. Pero, Andrés, ¿usted no ha sospechado que todos, ¡hasta yo misma, somos simpatizadores de su causa? . . . .!¡Que viva Madero! ¡viva Madero! . . . .

Extraordinariamente exitada, María se puso en pié, y su silueta fina y delicada se destacó negra, en la media luz del comedor,y sus ojos brillaron como chispas, y sus labios estaban rojos, y dos rizillos, desprendidos sobre su blanca frente, ondeaban como flámulas.

Toño, muy emocionado tambien, con los carrillos rojos por la calentura, aplaudía con frenesí.

—Si, que viva Madero!...Viva Madero!...

—Usted está comprometido en la revolución, y ahora . . . tiene miedo—me dijo María, y lanzó una risotada, que pretendía ser un espolazo en la carne viva.

—Claro, todo lo sabemos—agregó Toño, y porque lo sabemos te felicito con toda mi alma, Andrés amigo,

—¡Pues no comprendo, deveras, lo que ustedes quieren hacer de mí!

—Basta,—replicó Toño, asumiendo una actitud muy grave, y haciendo sentar á María entre los dos.—Es preciso mostrarte el cuerpo del delito. Eres irreductible—!magnífico!—pero con los descuidos que tienes á diario, te has entregado en cuerpo y alma. Vamos á ver, Andresito, ¿explíqueme usted qué significa esta cartera atestada de billetes?

Mi primer movimiento fué registrar el bolsillo de pecho. Toño rió ruidosamente, María con regocijo y divertidísima.

—La camarera lo ha encontrado sobre tu mesa, ahora que acaba de arreglar tu cuarto. Antonia es nna indiscreta; pero, naturalmente, su indiscreción le pone desde luego fuera de la casa. No tengas, pues, cuidado por esto. Pero tenlo por esto otro.

Y Toño me alargó la fajilla de billetes que el vendedor de gallinas me había dado para gastos de la *Revolución*.

—Debo decirte—prosiguió exaltado Toño—que yo ya me esperaba esta agradable sorpresa. Desde que vinieron por ti los gendarmes de la montada, comprendí que tu actitud era ostensiblemente falsa. Debes de saber que si yo no lo hubiera adivinado, no te habría mantenido intacto este cariño y esta amistad tan profunda